

Canción de cuna para Emiliano

Por Layla García

El sonido de esos fuertes aleteos detrás de la ventana la despertó. Entre sueños, aquél pusilánime ser, logró identificar el sonido de un ave con grávido vuelo.

Levantándose de su cama con turbada respiración, a través de la traslúcida cortina, se asomó, esperando percibir a aquél ser, que para entonces el sueño le había robado ya.

Al ir temerosa a obscuras chocó y contra el buró se estrelló, fue cuando observó, que el reloj marcaba las tres de esa noche en acción.

Y para sorpresa de ésta mujer, no había nada más detrás de aquél antiguo ventanal. Maravillada quedó, observando en derredor, tratando de encontrar lo que le había producido tanto temor.

Frustrada, encaminó sus pasos hacia la cuna de su pequeño bebé, a quien dio un nombre cortés, el pequeño Emiliano es, el cual inquieto estaba ya, cuando la desventurada madre, pensó, que loca estaba por volverse aún más.

Y es que el pequeño con apenas siete meses de edad, padecía ya de un sensible soñar, basta con decir que despertaba varias veces por las interminables noches, lo cual hacía que su cansada y ojerosa madre se la pasara bostezando durante su jornada laboral o en cualquier actividad en que ella debiera realizar.

Y es que ella, una mujer, aunque de avanzada edad, gozaba de gran vigor, antes de que naciera su pequeño bebé. Ella atribuía el sueño sensible de aquél frágil ser, a que cuando estaba creciendo en su vientre, ella de insomnio sufrió.

Pero esa noche en especial, les implicó gran labor, conciliar el sueño a los dos, hasta que el llanto les hizo agotar y el sueño, no les tardó en alcanzar.

Al día siguiente, repitiose la escena a la misma hora y en el mismo lugar, con excepción del estruendoso aleteo de aquel inmenso animal, escuchose más cerca y más fuerte, por lo que, en esta ocasión, nuestra protagonista su paso apresuró, hasta lograr por fin ver, reflejada una enigmática sombra en la planta alta de la casa trasera: dos grandes alas se asomaron y dejaron ver. Nuestro pequeño Emiliano, volvió a despertar y ya se imaginarán a la pobre mamá, lo exhausta y aturdida que quedó.

La tercera noche, aquella extraña situación, repitiose una vez más, pero en ésta ocasión, la temerosa señora nunca imaginó lo que sucedería después, ya que, al escuchar semejante rumor, cogió las llaves de la casa y friolenta salió, tan sólo guiada por aquél enigmático ser, hasta que escuchó un susurro y repentinamente paró, aquélla gigante bestia seguramente se había detenido ya.

Con todo el tremor de su corazón, se adentró en aquel espesor, pues el bosque era de un gran esplendor, con la luna llena de testigo fue y al escuchar nuevamente el aletear, se aterró y salió corriendo de aquel lugar.

Al llegar a casa y cerrar la puerta algo raro escuchó y al pequeño Emiliano balbuceando lo encontró, extrañamente y sin lloridos se asomó y fue cuando lo observó ¡como si de platicar se pudiera tratar!

Maravillada ella quedó y no pudo más que quedarse a contemplar aquella escena en acción, hasta que el sueño la venció.

Nora la contrariada mamá, al día siguiente nuevamente la aventura emprendió, pensó que esta vez el miedo vencería ya, quizá ésta era la ecuación para que el pequeño encontrara el descanso ya. Al parecer ella, al vencer sus miedos y fantasmas, al bebé también le hacía relajar. Y es que ella mujer atormentada y con gran frustración, solía estar. Su temor del porvenir y aprensión hacía el bebé, provocaban que éste sufriera de gran estrés.

Pero esa noche en especial, ella al escuchar el aletear a aquel misterioso animal, venciendo sus miedos comenzó a avanzar: sucedía que, del miedo, frenaba a cada paso que ella daba, pues con angustia se encontraba en su lento caminar y pensaba que era hora de exorcizar sus fantasmas ya, pareciese que la vida le había puesto la gran oportunidad de volverse a levantar.

Pero más valor tomaba, al pensar en su pequeño bebé. Y aunque las piernas no reaccionaban más, retomaba fuerzas de recordar al ser, el cual la hacía crecer.

Y por fin en el espesor del bosque se encontró, alzó sus ojos con gran pavor y con ayuda de la brillante luna llena, paró para poder observar a aquél mítico ser, anfitrión de sus más introyectas pesadillas: el monstruo que ella creía se encontraría, no era más que un animal: un búho blanco quizá.

Así que aquél imponente animal de grandes ojos amarillos parpadear, la miró y comenzó a cantar la siguiente melodía con un toque de ensoñación, hipnotizando desde aquel momento a su frágil corazón:

***A volar, a volar,
disfruta de la vida,
deja atrás el temor
y ponte a soñar,
a la postre se dirá,
que de la vida se enamoró.
No pares de ilusionar,
a los tuyos y a ti misma ya,
eso sentido a la vida da.
Libérate que tu corazón va a sanar,
aquél dolor en el pasado quedará,
anida en tu corazón lo más amado,
y echa a volar...***

Algo en el ulular de aquél sabio animal, la hizo divagar, por un momento encantada ella quedó. Es como si aquella entonación la hubiera poseído ya y entonces el miedo quedó atrás, dando paso a la libertad.

Y desde aquella noche la cansada mamá, supo lo que era la paz y el pequeño Emiliano dormir pudo, hasta ver al sol despertar.